

ANTE LA INMINENCIA DEL PROXIMO SINODO

Introducción

"La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado " (Rom. 5,5).

Con estas palabras de esperanza -basadas en el amor de Dios y en la acción transformadora del Espíritu- quiero comenzar estas reflexiones. Reflexiones muy simples y sencillas, que tienden solo a provocar la inmediata intercomunicación y el diálogo. No es el momento de hacer largas discusiones sobre la identidad y la misión del laico. Es el momento de "leer evangélicamente" la historia y la situación concreta de nuestro continente para asumir como Iglesia la responsabilidad de una "nueva evangelización". La realidad es demasiado trágica para perder el tiempo. Más vale ir directamente -iluminados por el Espíritu Santo y con el corazón cargado de esperanza pascual- a la propuesta concreta del compromiso de toda la Iglesia, en esta hora providencial de la historia, de la Iglesia, y en particular de los fieles laicos.

Quiero presentar, muy brevemente, tres puntos: sentido y urgencias del próximo Sínodo, algunos puntos del Instrumentum Laboris, qué piensan los laicos de la Consulta Internacional celebrada en mayo último en Roma.

I.- Sentido y urgencias del próximo Sínodo

Faltan menos de dos meses para la celebración del Sínodo. Lo primero que diría es esto: que el Sínodo tiene que ser una verdadera celebración eclesial (con la seguridad de que el Espíritu Santo actúa, pero con la conciencia de que toda la comunidad cristiana está comprometida). Entiendo el Sínodo como "un camino de comunión en la Iglesia para la salvación integral del mundo". No basta discutir los problemas del laicado desde el interior de la Iglesia; hay que discernir evangélicamente los desafíos de la historia y del mundo, y responder a ellos comunitariamente -desde la unidad del único Pueblo de Dios presidido por los Pastores- con coraje de testigos, de profetas, de nuevos evangelizadores.

Para ello, el próximo Sínodo tendrá que ser un Sínodo de esperanza, de comunión, de conversión.

1.- Sínodo de esperanza. Hay motivos suficientes para creer en el despertar de la conciencia cristiana frente a los problemas de la humanidad. Falta mucho todavía, sobre todo a nivel de comunidad eclesial; pero las urgencias de una "nueva evangelización" -sobre todo en América Latina, con motivo de los quinientos años de la evangelización primera- nos han puesto a todos en camino. Hablamos de un "Sínodo de esperanza", porque confiamos en la presencia omnipotente del Señor y en la acción de su Espíritu; tenemos la certeza de que Dios obrará la conversión para la comunión y la misión. Pero hace falta rezar y disponernos: el Espíritu obrará en su Iglesia en la medida de nuestra pobreza, de nuestra oración, de nuestra disponibilidad.

Hablamos, también, de un "Sínodo de esperanza" en el sentido de la serenidad, del realismo evangélico y del optimismo sobrenatural en que deberá moverse el Sínodo desde

el principio. No en un clima de triunfalismo, ni de pesimismo, sino en un clima realista de pobreza, de discernimiento, de conversión. No en un clima fácil de acusación, sino de autoconciencia de nuestro propio pecado. Para que nuestra esperanza sea verdadera y comprometida deberíamos empezar preguntándonos "qué hicimos con el Concilio". El Sínodo Extraordinario del 85 ha sido para nosotros un buen examen de conciencia. Pero no podemos pararnos allí: la esperanza es esencialmente camino. Han sucedido muchas cosas -algunas de ellas muy graves, todas providenciales- en estos últimos años del post-concilio. Hay que releer el Concilio con "fidelidad dinámica" a su letra y a su espíritu. Es ahora cuando debemos dar "razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida" (I Pd.3,15). El Sínodo sobre los laicos deberá ser realista y profundo, no ingenuo y superficial.

Finalmente, para que sea un "Sínodo de esperanza" deberá traducirse inmediatamente en propuestas pastorales concretas y exigentes, expresadas en un estilo breve, claro, sencillo. Los fieles laicos nos piden brevedad y sencillez en nuestros documentos. Estas propuestas -concretas, exigentes y sencillas- deberán ser asumidas inmediatamente por toda la comunidad eclesial presidida por los pastores; de ahí la importancia capilar del post-Sínodo.

2.- Sínodo de comunión. No insisto en esto -que, sin embargo, es esencial- porque ya lo he propuesto otras veces y tendremos oportunidad de volver sobre ello en el segundo y tercer punto. Pero sí quiero recordar que "la eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio" (R.F. II,C,1) y que constituye "la clave de lectura del Instrumentum Laboris. Un Sínodo de comunión exige que el verdadero tema del próximo Sínodo sea "la Iglesia como comunión misionera"; exige, también, una participación práctica y efectiva de toda la comunidad eclesial en la preparación, en la celebración y en la aplicación del Sínodo. El tema de los laicos interesa inmediatamente a los Obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas.

Quiero solamente añadir dos cosas más a propósito del tema de la "comunión":

- a- que "fundamentalmente se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo " (R.F. II,C,1). El Instrumentum Laboris insiste en esta "vocación para la comunión personal con Dios" y en esta "vocación para la misión" de transformar el mundo desde adentro y de llevar a la humanidad a la comunión definitiva con Dios;
- b- que necesariamente al ahondar el tema del cristiano laico se deberá iluminar y profundizar la identidad del cristiano sacerdote y del cristiano religioso o religiosa.

3.- Sínodo de conversión. Me parece fundamental esta actitud frente al próximo Sínodo. Todo Sínodo es un acontecimiento salvífico -un don de Dios a la Iglesia y a la humanidad- que exige ser recibido con "un corazón contrito y humillado". Pero el próximo Sínodo exige una particular actitud de conversión en toda la Iglesia, empezando por los pastores. Agradecemos a Dios la conciencia de ser Iglesia, infundida en los fieles laicos desde el Concilio, y su generosa participación en la misión evangelizadora de la Iglesia. Pero debemos reconocer con humildad que muchos laicos no han sabido asumir con más coraje su tarea en la Iglesia y en el mundo; que muchos religiosos y religiosas no han sabido incorporar activamente a su misión evangelizadora a los cristianos laicos; que muchos pastores no hemos sabido reconocer su dignidad, animar su participación y respetar su legítima autonomía en lo temporal.

El próximo Sínodo deberá ser un Sínodo de "renovación eclesial" y de "conversión personal": cambio de mentalidad y de actitudes, cambio, sobre todo, de corazón; vuelta a lo esencial del Evangelio: a la sencillez, a la pobreza, a la fraternidad en el Espíritu. Hacer una Iglesia más creíble -"un solo corazón y una sola alma" (Hechos 4,32)- porque todos los cristianos se comprometen a ser asiduos "a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan

y a las oraciones" (Hechos 2,42). Una Iglesia, sobre todo, más creíble porque transparenta mejor a Jesucristo "el Salvador del mundo" (Jn. 4,41).

II.- Algunos puntos del Instrumentum Laboris.

Sabemos, como leemos en la Introducción, que el Instrumentum Laboris "es el resultado de las respuestas a los Lineamenta, pero sin ser verdadera y propiamente un resumen de éstas" (I.L. 2). Por lo mismo, no se trata de un documento perfecto y definitivo, sino solamente de "una exposición razonada de las reflexiones, experiencias, sugerencias y propuestas" que han ido llegando a la Secretaría del Sínodo, sobre todo, de parte de las Conferencias Episcopales.

El mismo Santo Padre ha querido que el Instrumentum Laboris -por su naturaleza destinado sólo a los Padres Sinodales- fuese hecho público a fin de provocar todavía la reacción de los cristianos laicos, animar la consulta y aprovechar sus propuestas y sugerencias. Es un modo, en la inminencia de la celebración del Sínodo de ofrecer a los fieles laicos la oportunidad de una "verdadera participación" en un acontecimiento que los toca directamente. La responsabilidad es ahora, principalmente, de los Obispos delegados al Sínodo: saber escuchar, acoger y proponer. También aquí entra lo que decíamos antes acerca de "la conversión"; se trata de una actitud de profunda humildad que, sin quitar al Obispo delegado su propia riqueza doctrinal y pastoral, lo pone en una fundamental actitud de "servicio": a sus propios hermanos obispos que lo han "delegado", a sus Iglesias locales, a los cristianos laicos cuya riqueza de experiencia o audacia de propuesta debe saber asumir y presentar con "verdadero discernimiento en el Espíritu".

El Instrumentum Laboris no agota el tema ni propone necesariamente, con igual profundidad, los problemas y sugerencias que pueden interesar a las distintas Iglesias locales. Por eso la importancia de este encuentro continental que debe ser hecho de comunicación y de diálogo, de reflexión y de oración, de escucha y de propuesta. Es la Iglesia en América Latina la que -a través de los Obispos delegados- sabrá aportar "bon alegría y sencillez de corazón" (Hechos 2,46) a la Iglesia universal, las riquezas que el Espíritu de Dios ha ido obrando en la pobreza de nuestras Iglesias particulares o locales. Por eso, también, la necesidad de saber utilizar "con sabiduría" el Instrumentum Laboris, sin amarrarnos a él, y de saber profundizar más algunos temas o proponer otros nuevos.

Por mi parte quiero simplemente subrayar algunos puntos que me parecen importantes sin la pretensión de juzgarlos los principales, ni mucho menos de imponerlos a su reflexión y al diálogo.

1.- La idea de participación: atraviesa todo el Instrumentum Laboris, desde una perspectiva de lectura evangélica de la historia (nuevos signos de los tiempos) hasta la propuesta de espacios concretos de participación. Me parece que es un campo que necesita ser profundizado y completado: la participación como exigencia de la comunión y como camino hacia ella. En lo práctico la comunión, se traduce en canales y signos de participación.

2.- Una eclesiología de comunión integral: es la opción fundamental del Documento. La eclesiología de comunión es como una "clave de lectura" que nos lleva fundamentalmente a evaluar la experiencia de los últimos 20 años después del Concilio y a formular las grandes líneas de reflexión para el futuro. En concreto, la conciencia de ser Iglesia -miembros activos del único pueblo sacerdotal y profético de Dios- lle-

va a los fieles laicos a la obligación de asumir, según su propia función, la misión evangelizadora de la Iglesia. De aquí, la necesidad de revisar los canales concretos de participación y corresponsabilidad en las comunidades eclesiales, sin la pretensión o el peligro de que aparezca como una "lucha de poderes" en la Iglesia. En esta dimensión de comunión eclesial deberán ser profundizadas las relaciones entre pastores y laicos a partir de la fundamental intercomunicación entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los bautizados. A la luz de la comunión eclesial se entenderá mejor la responsabilidad y la autonomía de los fieles laicos en el ámbito de las realidades temporales. También, en una eclesiología de comunión integral, aparecerán más claros los "criterios de eclesialidad" de los movimientos y asociaciones apostólicas o de espiritualidad; es un capítulo importante de la relación entre las Iglesias particulares y la Iglesia Universal. Finalmente, a la luz de una eclesiología integral de "comunión misionera", se comprenderá mejor la esencial unidad entre el servicio de los fieles laicos al crecimiento de la comunidad eclesial y su servicio a la construcción de la sociedad temporal. Se trata de una misma misión evangelizadora.

3.- Distinción entre vocación y misión. Me parece importante esta precisión del Instrumentum Laboris n. 14, a fin de evitar la concepción del cristiano laico en su exclusiva relación al mundo. La misión es la respuesta a una llamada; es Dios quien nos llama, nos consagra y nos envía. El Nuevo Testamento llama a los cristianos simplemente "los santos, los elegidos, los amados de Dios", aquellos a quienes "él llama": "a su luz admirable", "a su eterna gloria", a "la santidad". "La vocación es algo más amplio que la misión, porque comprende una llamada a la comunión y una a la misión. La comunión es el aspecto fundamental, destinado a durar siempre. La misión es una consecuencia de ésta, y está limitada a la existencia terrena" (I.L. 14). Toda la segunda parte del Instrumentum Laboris -que es una reflexión teológica- me parece fundamental.

4.- Evangelización e inculturación (I.L. 46-47). Se trata de un tema central en toda la Iglesia y particularmente importante para América Latina: "volver a anunciar a Jesucristo" en un mundo totalmente cambiado, pluralista y secularizado (con hambre, sin embargo, de Dios). Sobre este tema -apenas tocado por el Instrumentum Laboris- creo que la Iglesia en América Latina tiene mucho que decir. La Iglesia Universal tiene derecho a escuchar la voz de nuestras Iglesias a través de nuestros Obispos Sínodales. Una evangelización auténtica supone una "lectura evangélica" de los nuevos signos de los tiempos, una profundización del misterio de Cristo (su persona, su obra, su palabra) y un compromiso concreto para transformar el mundo y crear una nueva civilización de la verdad y el amor. La evangelización dice siempre una esencial relación a la salvación integral del hombre, a su plena liberación en Jesucristo. Una nueva evangelización supone una nueva experiencia del amor de Dios, revelado en Cristo y operante en la historia por su Espíritu; supone una nueva efusión del Espíritu de Pentecostés que nos hace testigos, profetas y mártires; supone "llevar la Buena Nueva a todos los extractos de la humanidad transformando los criterios de juicio, los valores determinantes, los intereses, las líneas de pensamiento y los modelos de vida", de modo que lleven a "abrir al hombre y al mundo el acceso de la salvación integral" (I.L.47). Hay un camino recorrido en nuestra Iglesia en América Latina -a partir de la Evangelii Nuntiandi y de Puebla- cuyas propuestas y frutos hab^ua que profundizar todavía, asumir nuevos y audaces compromisos y adelantar líneas concretas de aplicación: se trata de la Evangelización de la cultura o de las culturas. "Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio se entremezclan en la tarea misionera de la Iglesia y la involucran concretamente en la construcción de una civilización de la verdad y del amor" (I.L. 47).

5.- Los jóvenes (I.L. 48). Para América Latina -continente de la esperanza, mayoritariamente joven- es otro de los temas fundamentales y prioritarios. En ellos se juega la suerte del cristianismo en nuestro continente. No se trata sólo de "prepararlos para el futuro"; se trata fundamentalmente de reconocer sus valores, sus posibilidades y sus riesgos, su fuerza y sus límites, de ir haciendo con ellos un camino de Iglesia y de comprometerlos en esta nueva evangelización que prepara el advenimiento del tercer milenio. Es el "hoy" de la historia el que preocupa, entusiasma y compromete a los jóvenes.

6.- Los pobres en la misión de la Iglesia (I.L. 49). Es otra de las opciones de nuestra Iglesia en América Latina. Pero necesita ser profundizada y evangélicamente asumida con coraje. No se trata sólo de "acoger a los pobres con amor preferencial" y de "servirlos"; es preciso descubrir en ellos las riquezas del Reino y aprovechar su fuerza evangelizadora. Hay que saber "escuchar el clamor de millones de hombres necesitados y su espera de una auténtica liberación" (I.L. 49); eso supone en nosotros una grande capacidad de amor, de solidaridad y de servicio; supone, sobre todo, una profunda visión de fe para descubrir a Cristo en los pobres y mucha humildad para acoger su mensaje evangélico y evangelizador.

7.- Cuestiones urgentes (I.L. 64). Es un tema que toca problemas graves de nuestro continente y que necesita también una reflexión más honda, comunitaria y comprometida: la opresión y la injusticia, la marginalización y la miseria, el terrorismo y la violencia. ¿Qué hacer en concreto, con nuestros fieles laicos, para construir una nueva sociedad -más justa, más solidaria y más humana-, y trabajar positivamente por la paz?

8.- María, modelo del fiel, (I.L. 11,26,27,45). El tema de María nos interesa particularmente a los latinoamericanos. Es tocado muy rápidamente en el Instrumentum Laboris, pero lo suficiente para provocar en nosotros una reflexión más honda en el Misterio de Nuestra Señora; particularmente en estas tres líneas: María -la discípula, la creyente, la fiel- como modelo de los fieles laicos y madre de la vida espiritual (I.L. 26 y 45), María y la dignidad de la mujer (I.L.26), María y la religiosidad popular (I.L. 75). Ojalá pudieran presentarse en el próximo Sínodo, desde la realidad profunda y esperanzadora de América Latina, algunos aportes concretos y muy ricos de la presencia y actividad de Nuestra Señora, la humilde servidora del Señor, su primera discípula, imagen y principio de la Iglesia.

III.- Qué piensan los laicos de la Consulta Internacional.

Yo mismo he definido, con plena conciencia, esta Consulta como un "pre-Sínodo". No en el sentido de un Sínodo paralelo o de presión, sino en el sentido de una serena y profunda participación de los fieles laicos en la discusión de los Obispos. Una manera, me parece, privilegiada de participación, puesto que ha sido el mismo Santo Padre quien ha animado los distintos modos de escucha de los laicos en la proximidad del Sínodo sobre su vocación y misión. Su preocupación -manifestada también en la carta que acompaña la publicación del "Instrumentum Laboris"- es ésta: "¿Cómo hacer un Sínodo sobre los laicos sin los laicos?".

El fin principal del Encuentro de Rocca di Papa, era dar a los laicos la oportunidad de expresarse. Laicos provenientes de todos los Continentes, de diversos países, de distintos movimientos, grupos o asociaciones, pero también

laicos aislados -no pertenecientes a ningún movimiento- pe representativos porque fuertemente comprometidos sea en el apostolado directo de la comunidad eclesial, sea en el campo del trabajo y del sindicalismo, de la escuela y la cultura, de la familia, de los medios de comunicación social, del orden social, de la política y de las relaciones internacionales.

Creo que ha sido una verdadera celebración de la comunidad eclesial. Por obra del Espíritu Santo se ha vivido un clima de profundidad en la reflexión y en la oración, de escucha y de comunicación, de libertad evangélica y de búsqueda serena de la verdad, de contribución generosa y de humilde acogida. Se ha percibido siempre un verdadero y profundo amor a la Iglesia, con el deseo y la oración de que toda la Iglesia -Pueblo de Dios- sea más creíble y llegue a ser una clara transparencia de Cristo.

Quisiera referirme a algunos puntos principales surgidos en las discusiones de los grupos de estudio o en las reuniones plenarias, sin pretender elencarlos todos y menos todavía profundizarlos.

1.- Renovación eclesial y conversión: inmediatamente se ha percibido que el próximo Sínodo sobre "la vocación y misión de los laicos a 20 años del Concilio Vaticano II" no puede ser sólo un momento de reflexión y de profundización doctrinal, sino una apremiante invitación del Señor a la conversión y a una profunda renovación para toda la Iglesia. La solemne celebración del 25º aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, que se celebra precisamente el 11 de octubre próximo, en pleno desarrollo del Sínodo, es un motivo providencial para esperar el acontecimiento salvífico de un nuevo Pentecostés: una profunda conversión a Cristo en el Espíritu Santo, que lleve a vivir una verdadera y profunda comunión eclesial, para la salvación integral del mundo. Son las tres dimensiones marcadas en la "Relatio Fi-

nalis" del último Sínodo Extraordinario de 1985: una eclesiología cristocéntrica y trinitaria, una eclesiología de comunión, una eclesiología de misión.

Esta conversión supone una gran sentido de pobreza, de oración, de servicio, de escucha de la Palabra y disponibilidad al Espíritu Santo. un cambio de mentalidad.

Creo que está aumentando la conciencia de que el próximo Sínodo debe ser preparado, vivido y acogido por toda la comunidad cristiana. Es, por tanto, toda la comunidad eclesial, presidida por los Pastores, la que se pone en camino de sincera conversión. Solamente así tendremos, como esperamos, un nuevo Pentecostés.

2.- Eclesiología de comunión. Este punto ha surgido continuamente en la Consulta. El discurso sobre los laicos en el próximo Sínodo deberá ser encuadrado esencialmente en una eclesiología de comunión integral: en este sentido -como siempre he insistido- el verdadero tema del Sínodo deberá ser centralmente: "la Iglesia comunión misionera". En el interior de esta comunión, habrá que profundizar en la identidad, la vocación y la misión de los fieles laicos. El Concilio nos ofrece particularmente la rica doctrina sobre el Pueblo de Dios (L.G. cap.II): incorporados a Cristo por el bautismo, hechos miembros vivos del único Pueblo sacerdotal, real y profético de Dios, los fieles laicos participan en la común misión evangelizadora de la Iglesia.

Esta eclesiología de comunión integral ilumina algunos aspectos prácticos esenciales:

- la común dignidad de hijos de Dios y la común vocación a la santidad en la perfección del amor;
- la participación en la misión global evangelizadora de la Iglesia;

- la relación eclesial entre los pastores y los fieles laico formación para la comunión; corresponsabilidad y autonomía
- comunión integral, verdadera y propia, de todo el Pueblo de Dios: pastores, religiosos y religiosas, laicos;
- inserción de los movimientos y asociaciones en la Iglesia particular y universal. Fidelidad al propio carisma -don del Espíritu Santo- "para la utilidad común" (I Cor.12,7); exigencias de una inserción real y concreta en la Iglesia particular y en las Iglesias locales;

3.- Participación y corresponsabilidad. De la "comunión nace esencialmente la participación, y la participación es el camino obligado para la comunión". Teológicamente es muy claro en una Iglesia Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Las dificultades se plantean en la aplicación concreta por parte de todos, de esta realidad sacramental y divina.

Se ha hecho mucho camino después del Concilio, particularmente en el ámbito intraeclesial (participación en la liturgia, en la catequesis, en algunos ministerios, en la administración económica). Pero hay todavía un largo camino por hacer: sea en el interior de la Iglesia, sea en el ámbito más específico de las realidades temporales. Podemos también aquí enumerar algunos puntos:

- una verdadera y propia participación en las estructuras de comunión: consejos pastorales, diocesanos y parroquiales, consejos nacionales y diocesanos de laicos;
- una participación más efectiva de los laicos en la preparación de los planes pastorales (no solo en la ejecución o evaluación);
- una mayor autonomía en el campo de las realidades temporales, siempre en espíritu de comunión eclesial, con los pastores; acompañamiento eclesial de los pastores;
- una más amplia y efectiva participación de los laicos en la preparación y celebración del próximo Sínodo. Respetand

siempre la naturaleza teológica y jurídica del Sínodo de los Obispos, organismo colegial consultivo del Sumo Pontífice. El Santo Padre ha insistido desde el comienzo, en la necesidad de "escuchar" a los laicos. El Pontificio Consejo para los Laicos es testigo (y, con frecuencia, actor) de los esfuerzos hechos en este sentido: hacer hablar a los laicos, escucharlos y acogerlos. Me pregunto si todas las Conferencias Episcopales, en su respuesta a los "Lineamenta", han escuchado y reflejado las inquietudes de los laicos. En ellos obra el Espíritu Santo de modo particular y reside también el "sensus fidei". Me pregunto, también, si los delegados al próximo Sínodo han asumido, con gratitud y alegría, esta responsabilidad: escuchar a los laicos.

4.- Una nueva evangelización para la construcción de una nueva sociedad. Entramos aquí en un tema de esencial importancia para los fieles laicos, inmediatamente comprometidos en la transformación del mundo. El Santo Padre invita, con significativa insistencia, a esta "nueva evangelización" "nueva ^{en el estilo, nueva} en los métodos, nueva en la expresión". Lo ha hecho particularmente en América Latina y hablando al Simposio de los Obispos Europeos. Sin entrar en una completa descripción de esta "nueva evangelización", me parece que debemos subrayar algunos aspectos:

- supone una "lectura evangélica" de los nuevos signos de los tiempos para individuar los principales, urgentes y nuevos desafíos de la historia: el secularismo, el hambre, la injusticia, la opresión, el terrorismo, la guerra, la violencia, la carrera armamentista, los progresos de la ciencia y de la tecnología;
- supone una más profunda e integral penetración en el Misterio de Cristo, único Salvador del mundo y Señor de la historia: su persona, su palabra, su obra, su misterio pascual;

- supone una profunda renovación de la Iglesia que deberá hacerse más creíble y más viva transparencia de Cristo: en la pobreza, en la fraternidad evangélica, en el servicio a los hombres, en la dimensión contemplativa y de verdadera alabanza a la Trinidad; "ecclesia trinitatis, ecclesia salutis";
- supone la transmisión ardiente, con el ardor del Espíritu Santo, del mensaje evangélico de tal manera que lleve a la conversión de los corazones en vista de la construcción de una sociedad más justa, más fraterna, más humana: la nueva civilización de la verdad y del amor;
- supone una verdadera y evangélica opción por los pobres, por todos los pobres; los pobres no sólo como objeto de la evangelización sino también como sujetos;
- supone un compromiso concreto de toda la Iglesia, pero particularmente, de los fieles laicos, de estar presentes con eficacia y operosidad evangélica allí donde se forja el cambio de la nueva sociedad (familia, escuela, cultura, mundo del trabajo, de la política, del orden social y económico, de las relaciones internacionales, de los mass-media); trabajar eficazmente por la paz buscando la verdad, la libertad, la justicia, la reconciliación, el amor;
- supone, finalmente, mostrar la coherencia entre la fe y la vida, unidad entre la pertenencia a la comunidad eclesial y el compromiso con la sociedad temporal. Quien trabaja al interior de la comunidad eclesial hace crecer el Reino de Dios en la ciudad de los hombres; y quien se compromete cristianamente en la construcción de la ciudad temporal (el político, el sindicalista, el obrero, el periodista, etc.) hace crecer y madurar la comunidad eclesial: la hace más orante, más fraterna, más misionera y evangelizadora, más comprometida con el Señor de la historia para la liberación integral de todo el hombre y de todos los hombres.

5.- Formación y espiritualidad. Han sido de los temas que más han aparecido en la Consulta; la exigencia venía de todos los continentes, sobre todo de los hombres y mujeres más comprometidos en el mundo de las realidades temporales (la política, o la transformación del orden social, p.e.). Necesidad de una profunda y continua formación cristiana, sea por la exigencia de un personal crecimiento en la santidad, sea por la urgencia de responder cristianamente a los nuevos desafíos de la ciencia y de la técnica, o de afrontar las nueva ideologías, la indiferencia o el pluralismo religioso frente a una sociedad radicalmente cambiada y siempre llamada a estar permeada por los valores evangélicos. En este campo de la formación y de la espiritualidad, se han destacado algunos puntos importantes:

- necesidad de una formación integral y permanente que lleve a una continua conversión; formación teológica y profesional, formación humana y espiritual; formación histórica y eclesial;
- necesidad de una particular formación para la comunión, el diálogo y el servicio;
- necesidad de crear "espacios" de formación (familia, parroquia, comunidades eclesiales de base, movimientos y asociaciones);
- necesidad de preocuparse especialmente por los laicos aislados (que son la mayoría y que con mucha frecuencia son los más comprometidos en el mundo de las realidades temporales: economía, política, p.e.). Para ellos quizás el único espacio es la parroquia; o la comunidad eclesial de base; necesidad entonces de sacerdotes verdaderamente formadores que sepan formar "líderes" y acompañarlos;
- en esta línea los laicos piden sea dada en el seminario y en los noviciados una particular atención a la formación de los futuros animadores de los laicos;
- se ha hablado abiertamente, y con frecuencia, de una verdadera santidad como condición para una nueva evangelización y para la transformación del mundo; hoy hace falta, como decía Pablo VI, "el paso de los santos" y de los santos "de lo cotidiano".

Había que "proponer" y "animar" -con ayuda de los mismos laicos- las líneas esenciales y concretas de una auténtica espiritualidad cristiana y bautismal.

6.- Los jóvenes. Es normal que este tema haya surgido constantemente. Se sabe la personal preocupación del Santo Padre -que ha instituido en nuestro Dicasterio la Sección Jóvenes y a nivel mundial la Jornada Mundial de la Juventud-; se conoce también cómo muchos episcopados (p.e., el latinoamericano) han proclamado, junto a la opción por los pobres, la opción por los jóvenes. Sería el momento de preguntarnos cómo se han llevado a la práctica, en nuestra América Latina, ambas opciones.

Un punto ha sido particularmente subrayado: que los jóvenes no sean considerados solamente "como el futuro" de la Iglesia y del mundo, sino "como el presente". Tienen hoy una clara misión y actividad que desarrollar en la construcción de la sociedad. No son solamente los dirigentes potenciales del tercer milenio, sino los actuales portadores de la novedad pascual, intrépidos evangelizadores del mundo y válidos operadores de paz.

En este sentido se ha visto con particular alegría y esperanza la presencia de numerosos jóvenes en la Consulta Mundial de Rocca di Papa. Y sería una magnífica y significativa manifestación de una Iglesia renovada en el Espíritu su presencia y participación en el próximo Sínodo, como ya han pedido.

7.- La mujer. Otro tema de urgente necesidad. No se trata de una reivindicación feminista, que creo ya superada, sino de un justo reconocimiento del papel insustituible de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Este tema ha sido tratado con mucha profundidad, serenidad y verdadero amor a la

Iglesia, a la luz de María, la Madre del Redentor y la primera Discípula de Cristo.

Debemos reconocer con humildad que la mujer -que en el Evangelio cumple un papel esencial, comenzando por María, y que en nuestras actividades apostólicas ocupa normalmente un puesto, al menos numéricamente mayor al de los hombres- no ha sido considerada con igual dignidad y responsabilidad eclesial. Creo sinceramente que debemos re-veer muchas cosas. No se trata (y ninguno en la Consulta lo ha dicho) de entrar en discusiones inútiles sobre la posibilidad de conferir ministerios ordenados a las mujeres, sino sólo de reconocerles su substancial igualdad en el Pueblo de Dios y su esencial modo femenino de ser Iglesia y de realizar su misión evangelizadora en el mundo.

8.- Los sacerdotes en un nuevo estilo pastoral. Al hablar de los fieles laicos no se puede dejar de hablar de los sacerdotes. Se ha pedido una particular atención a su formación en relación a la esencial animación de los laicos. Deseo decir tres cosas:

- un Sínodo sobre los laicos no puede olvidar al sacerdote, al religioso, o a la religiosa. Antes he dicho que se trató de una eclesiología de comunión. El Instrumentum Laboris habla de la "circularidad en la comunión" (I.L. 33);
- la relación esencial del sacerdocio ministerial al sacerdocio común: prebiteros para la comunión y la animación de los fieles laicos. Esencialmente distintos -el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común- están en relación directa esencial ~~entre~~, ya que ambos participan del único sacerdocio de Cristo;
- los sacerdotes son formados en su teológica formación de pastores, maestros y profetas, santificadores y ministros de los sacramentos. Necesitan una específica preparación doctrinal, espiritual y apostólica. Pero los laicos tienen una palabra que decir en este ámbito de comunión eclesial

- que dice relación a su propia misión en la Iglesia y en el mundo. En definitiva los sacerdotes son los "ministros", los "servidores" del Pueblo de Dios, para hacerlo crecer "in laudem gloriae Trinitatis";
- en la misma línea se deberá insistir sobre la identidad, misión y formación de los religiosos. La casi totalidad de los Institutos Religiosos dicen relación inmediata con los laicos. Es imposible hablar de una "animación y participación" de los laicos en la Iglesia sin comprometer directamente a los religiosos: esto les llevará necesariamente a replantearse el sentido de su consagración - misión.

CONCLUSION

Quisiera terminar con la misma palabra que propuse al final, a los participantes a la Consulta Mundial de Rocca di Papa: Pentecostés.

Yo espero un nuevo Pentecostés, en este próximo Sínodo, que prepare a toda la Iglesia para el tercer milenio ya inminente. Pentecostés significa definitiva conversión y renovación. Significa y realiza una verdadera comunión eclesial y una profunda unidad interior (coherencia entre fe y vida). Significa el comienzo de la primera evangelización -después de la de Cristo, "Evangelio de Dios"- hecha de anuncio de Cristo y de curación de los enfermos (dimensión humana del mensaje de Cristo). Significa participación de todos los cristianos en una comunidad que es un "solo corazón y una sola alma", para la transformación del mundo. Significa un fuerte llamado a la santidad y conversión continua. Significa una invitación a leer siempre y comunitariamente los signos de los tiempos.

Este nuevo Pentecostés supone y exige la presencia de María, Madre de Cristo y "Estrella de ^{la} Evangelización". Estamos en el Año Mariano. Como los discípulos en el Cenáculo esperamos "con María" al Consolador, al Espíritu de la Verdad, que nos introducirá en la "Verdad completa".



Eduardo F. Card. Pironio

Bogotá, 3 de agosto de 1987.